

MI CONEXIÓN Nº 12

9 de diciembre de 2024

Queridos amigos,

Como me estoy haciendo viejo y los viejos hablan de cosas viejas, odiaría decepcionarles. Así que voy a hablar de mis 60 años de vida misionera. Sin embargo, no me voy a referir a mi “trasero” como el Nuncio italiano había dicho al referirse a su pasado. ¡Le perdonamos por ignorar los matices del francés y del español! Por mi parte, cuando miro hacia atrás en mi vida misionera, éstas son las cuatro partes que veo.

En primer lugar, soy un pequeño Quebequense.

Nací en Saint-Maurice en el seno de la hermosa familia de Monique y Achille: nueve hijas y tres hijos. Siendo el penúltimo, yo era Ti-Gars y mi perro Ti-Loup. Después de tres años en la escuela local, dejé a regañadientes a mi «maestra» y pasé a estar interno en el Jardin de l'Enfance y luego en el Séminaire de Trois-Rivières. Fue una salida desgarradora que, sin duda, allanó el camino a muchos otros envíos. De hecho, llegado el tiempo de anunciar nuestras opciones profesionales al final del curso clásico, yo elegí las Misiones Extranjeras. Imagínense. En la mentalidad de los scouts y de los ti-gars que habían crecido, se trataba de un compromiso con el «más alto servicio». Cinco años de formación me llevaron a la ordenación sacerdotal. Eso fue hace sesenta años, el 19 de diciembre de 1964, en medio de una tormenta de nieve en mi pueblo natal.



“Ti-Gars y Ti-Loup”

Me hice cubano.

Sí, pero no inmediatamente. Necesité cuatro meses de estudio del idioma y de formación intercultural en México para quitarme la nieve de los pies, de la cabeza y del corazón. Para mí, ya no era cuestión de convertir almas; el asunto era buscar a Dios en otros ambientes. No iba a ser en Japón (del que mis superiores me habían hablado, primeramente), sino en Cuba, un lugar marxista y ateo donde la Iglesia estaba aprendiendo, dolorosamente, a vivir con humildad.

Lo que busqué allí, lo que encontré, fue la amistad de la gente. He sido amigo, tanto en la dirección de parroquias como en la formación de futuros sacerdotes. Hoy día muchos de mis amigos (feligreses y sacerdotes) son líderes de comunidades

cristianas muy vivas en esta perla de las Antillas. Otros tantos han optado por vivir en el exilio en Miami. En cuanto a mí, en 1979 mis hermanos me pidieron que saliera de Cuba para asistir al Superior General. Berreé como un becerro. ¡Qué tristeza fue!



En la pared de mi apartamento, cielo y mar de La Habana, y casas bailando

Seis años más tarde, me convertí en migrante y Sudanés.

Seamos claros, hacerse Sudanés no es lo mismo que hacerse Cubano. Se tarda más en aprender el idioma; el árabe tiene muchos más secretos y arena en la garganta que el español. Sobre todo, ya no es América, sino África. Además, en Sudán estás en la frontera entre el mundo negro y el mundo árabe. Como misionero, ¿te vas a poner del lado de la división o del diálogo? Al cabo de unos años, consigues farfullar el árabe, pero el conocimiento de la cultura y del islam lleva aun más tiempo. Sobre todo, cuando domina el islam radical, como ocurría en Sudán. En este embrollo, el pequeño Quebequense descubrió Jartum, aprendió a ser útil y animó comunidades cristianas en un entorno que les era bastante hostil. En aquella época, había muchas tales comunidades entre el millón de personas desplazadas por la hambruna y la guerra que assolaban el sur de Sudán. En ese entorno, la iglesia no sólo era catecumenado para personas que querían seguir a Jesús, sino también escuela y clínica. En cualquier caso, ni en la parroquia, ni en el seminario, ni en la archidiócesis había



Con una profesora y Jean Binette

quien se aburriría. En aquel contexto me llaman de nuevo para ser Vicario General de mi Sociedad Misionera. Esta vez no hubo lágrimas. Los lazos no habían llegado a ser tan cálidos como en Cuba, pero sí hubo verdadero sufrimiento al dejar una inmensa tarea apenas comenzada.

Saltando once años (a los que volveré en un momento), aquí estoy, Keniano.

Efectivamente, en 2009 aterrizo en Kenia, país que habíamos elegido para apoyar nuestra misión en Sudán. Tanto política como eclesiásticamente, es el centro de África Oriental. Tiene todos los servicios que necesitamos para formar a nuestros jóvenes misioneros. Así que me dedico a acompañar a la joven generación en formación. Lo hago con gusto y convicción y, al mismo tiempo, voy descubriendo otras avenidas. En Cuba, la liturgia y la teología habían sido el todo de mi ministerio. En Sudán, mi misión adquirió una dimensión interreligiosa. En Kenia, pues, tengo otro aprendizaje y experimento que un misionero es también un promotor de justicia (JPIC: Justicia y Paz e Integridad de la Creación). Me siento llamado a promover la participación social de la iglesia en las zonas donde trabajo. Voy creando un servicio de homilías donde la lectura de la Palabra de Dios se hace con el periódico en la mano y el apoyo de la sabiduría popular. También ayudo a la comunidad cristiana a hacerse cargo de sus finanzas, lo más lejos posible de los dólares extranjeros y, sobre todo, de las influencias políticas. Créanme, no lo hemos conseguido completamente.



Con una amiga masái vestida de fiesta

En 2018, semiretirado pero todavía misionero, vuelvo a la dirección de mi Sociedad Misionera.

No era nuevo en esto. De hecho, había desempeñado este cargo a principios de la década de 1980 y de nuevo al torno del milenio. Ese servicio se había hecho natural para mí. Gente mala decía que yo era superior de por vida, ¡pero eso no es cierto! De hecho, me tocó estar allí cuando decidimos abrir nuevas misiones: China y Sudán, y luego Kenia. Estuve allí cuando tuvimos que promover la internacionalidad de nuestros miembros y asociados. Allí cuando la vida de mi Sociedad exigía más recaudación de fondos. Allí cuando la disminución de nuestro personal exigió el cierre de proyectos. Allí para animar a la generación más joven a construir proyectos que les convengan más. Allí cuando llegó el momento de planificar nuestro futuro y el de nuestra casa central, que se nos ha quedado grande. Me siento como hablando como un bisabuelo. ¿Será esto ser viejo?

“¿Qué misión te ha gustado más?” me preguntarán? Me gustaron todas, pero de distinta manera:

En Cuba, viví la misión como una amistad.

En Sudán, fue la misión en la verdad y la paciencia interreligiosa.

En Kenia, experimenté la misión como justicia y paz.

Y aún no he terminado. Sigo llorando a Cuba. Desde lejos, acompaño a los 10 millones de desplazados por la guerra en Sudán. En Québec intento ser profeta de justicia y ecología, tal y como aprendí en Kenia. Y todavía quiero volver a Jartum o convertirme en Palestino. Sí, intento mantener la misión como compañera de vida... ¡durante otros sesenta años!

¡Feliz Navidad donde quiera que estén en misión !

Roland Laneuville rolandlaneuville@yahoo.com

